

LOS ABUELOS

Colaboración de Rev. Angel Alvarez, diácono.

Para comenzar quiero compartir con todos los lectores algunas reflexiones que he estado haciendo durante algún tiempo sobre el papel de los abuelos en la vida familiar. Les quiero comunicar que soy padre de tres hijas y abuelo con tres nietos varones. Algunas experiencias tengo en estos menesteres.

Empezaré diciéndoles que los abuelos son la continuidad de la familia. La presencia del abuelo es el complemento ideal para las familias que intentan caminar desde un espíritu de armonía y paz.

Si a ser padre se aprende, a ser abuelo, también. Muchos matrimonios jóvenes se independizan “matrimonialmente” de sus padres, pero no se independizan a otros muchos niveles, como puede ser el económico, el de la vivienda, etc. Cuando los abuelos viven en el mismo contacto familiar, se pueden producir ciertas fricciones en las relaciones fraternas. En muchas ocasiones será el árbitro de riñas y disputas, en otras el defensor de la razón y el amor, y así, entre una de cal y otra de arena, transcurre su vida familiar.

Todos somos susceptibles a una o muchas debilidades, pero los abuelos tienen una debilidad especial, y son los nietos.

Se ha dicho muchas veces que para ellos los nietos son como la segunda oportunidad de su vida. Lo que no supieron hacer con sus hijos, los desaciertos cometidos en otros tiempos, se tratan ahora de subsanar en los nietos. En muchos casos, sobre todo cuando hay padres inmaduros, los padres se alegran de que los abuelos intervengan. En otras ocasiones, mientras los padres están inmersos en mil y una ocupaciones, la responsabilidad de la educación de los hijos, que no se debe dejar a la escuela, cae grandemente sobre los abuelos.

Hay que poner mucho cuidado en este aspecto. Hay que tener muy claro que los hijos, desde muy pequeños, tienen que ver a sus padres como los principales seres en su vida: el niño necesita formarse una imagen comparable de sus padres.

Es cierto que en la educación de los hijos, también los abuelos pueden obstaculizar si no son muy equilibradas las relaciones entre suegras o yernos.

Pero, frente a todos estos inconvenientes, hay unos puntos concretos que agradecer a nuestros mayores. Si vemos que están interfiriendo demasiado en nuestro entorno familiar, si tratan de hacer una familia a su medida, descuidando los vínculos naturales del hogar, hay que agradecerles con amabilidad su trabajo, pero haciéndoles caer en la cuenta de que vayan aceptando su papel.

Los abuelos intentan hacer todo su trabajo familiar con la mejor voluntad, por ello hay que orientar su papel dentro de la familia con cariño y comprensión, pero no hay que ceder en el papel de protagonistas de la educación de los hijos, que corresponde primaria y principalmente a los padres. Si son abuelos, que sean eso: abuelos. Que no pretendan suplantar la tarea de los padres, tienen que poseer la elegancia de pasar a un segundo plano en este aspecto.

Como abuelos tienen que hacer muchas cosas. La misión principal de los abuelos es la de llevar la serenidad y la paz a todos los miembros de la familia. Más que mandar, ahora les toca consolar, en lugar de reprender o castigar, les toca alentar y animar.

Desde la experiencia pueden curar heridas, calmar borrascas, suavizar roces. También a ellos les compete repartir comprensión, escuchar, limar asperezas, ser la retaguardia, el observador sereno, equilibrado en los nuevos hogares jóvenes. De sus manos también vendrá el consejo oportuno. A ellos les toca, asimismo, prestar ayudas a las familias, entenderse con la marcha del hogar en los casos de emergencia.

Son numerosas las tareas de los abuelos. Cada familia debe descubrir cuál es el papel real de los mayores en el hogar, así como qué funciones desempeñar. Que no sean los mayores algo así como un objeto decorativo, vetusto y respetable que enseñamos cuando vienen nuestras amistades o, lo que es peor, lo que ocultamos cuando llegan nuestros amigos a casa. Tenemos que intentar revalorizar en nuestras familias la imagen de los abuelos.

Algunos dicen que hay que aguantarles mucho, pero, ¿acaso ellos no nos aguantaron también a nosotros?

Hay que enseñar a los niños a respetar y querer a los abuelos. Que sepan ver en ellos una llamada a la estabilidad en el hogar, un ejemplo de respeto a sus mayores y una invitación constante al diálogo.

No hay que marginar a los ancianos que viven con nosotros; hay que hacerles participar en nuestra realidad cotidiana, en nuestros altibajos diarios. No hay que arrinconarlos, es preciso que participen en nuestras conversaciones y cosas de la vida, de nuestras ideas.

Quizá debamos reeducar nuestra capacidad de escucha para con los mayores, revisar nuestras relaciones con ellos y potenciar nuestra paciencia para escuchar sus cosas, sus realidades y recuerdos. Si somos capaces de vivir esto y de transmitirlo a los niños, de seguro estaremos colaborando a crear un ambiente familiar más humano y fraterno.

Tengo en mi memoria, en la visita que realicé a Guatemala para participar en el Congreso Americano Misionero, el trato tan respetuoso que tienen los guatemaltecos por las personas ancianas. Me daba la sensación de que los trataban como reliquias de mucho valor, cosa esta de la que nosotros en Cuba, adolecemos bastante. Sería bueno que nosotros reconsideremos muchas de las posturas no se avienen con lo que el Maestro Bueno y Santo nos dejó en su Evangelio y que es la Carta Magna de todo comportamiento humano.

Por último y ante todo, nunca olvidemos que nosotros, un día llegaremos a ser ancianos y abuelos.